

retiro que por espacio de cincuenta años que allí vivió, no solo no pisó la ciudad donde había nacido, sino que ni aún vió el rostro de mujer alguna, inclusa su propia madre.

« Sucedió que su padre sorprendido por la muerte dejó una deuda de cien piezas de plata. Entonces este santo varón movido de compasión, creyó poderse dispensar algún tanto esta severidad evangélica, que le hacía olvidar á sus padres cuando estaban en la prosperidad, y deber socorrer á su madre en esta grave necesidad, de tal modo que jamás se eximiera de su rigor acostumbrado.

« No salió del monasterio ; pero rogó que se le triplicase su trabajo ordinario. Así trabajando dia y noche por espacio de un año ganó lo suficiente para pagar esta deuda, y libró á su madre de la inquietud en que se encontraba ; y despues de haberla desconocido por amor á Jesucristo, quiso reconocerla por amor al mismo Salvador socorriéndola en su necesidad. »

Casiano, despues de haber relatado este hermoso ejemplo de caridad del solitario Arquebe, relata otro ejemplo de un buen anciano del mismo desierto, el que demuestra que esta virtud nos sabe hacer industriosos cuando tenemos buena voluntad de asistir á nuestros hermanos en la necesidad. Hacia poco tiempo que habia pasado de Italia á este desierto un religiosollamado Simeón, quien ignoraba la lengua griega, y sólo hablaba la latina. Este anciano, que sin duda la comprendia, viéndole sin ocupación le preguntó por que estaba durante el dia sin hacer nada, y como no se dedicaba á algún trabajo ; pues temía que la ociosidad junta con la necesidad de las cosas necesarias á la vida, las que no se podía proporcionar sin el trabajo, le indujesen luego á dejar su soledad. Siméon le contestó que nada sabía hacer de cuanto hacían los otros, y que su único oficio era el de copiar libros ; á lo que estaba dispuesto si encon-

traba alguien en el Egipto que necesitara escribir un libro en latin. El anciano luego manifestó que deseaba mucho encontrar alguien que le escribiese las *Epístolas* de San Pablo en esa lengua, para mandarlas como libro de devoción, á uno de sus hermanos que estaba sirviendo en la guerra ; y le proporcionó nó solo lo necesario para su manutención durante un año bajo pretexto de recompensarle el trabajo que él quería que hiciese, si que tambien el pergamino y todo lo necesario para escribir. Por este medio el solitario Simeón se puso en estado de ganar su sustento con el trabajo de sus manos, y este caritativo anciano obtuvo delante de Dios el mérito por haber asistido en la necesidad, sin hacerle ruborizar por su limosna ; porque se la hizo merecer con el trabajo y se la dió á título de deuda.

Hemos hablado en la vida de San Pemen de un solitario llamado Simón, que se hizo célebre por su santidad, y que por eso no fué menos humilde. Puede haber sido el mismo que Simeón de Italia, quien habría podido aprender despues la lengua griega, y ponerse en condiciones de dar muy buenos consejos á los otros solitarios, como se dice de este Simón. Pero eso es muy incierto.

---

#### EL ABAD MAQUETE Y EL ABAD ABRAHAM, POR OTRO NOMBRE EL NIÑO<sup>1</sup>.

El abad Maquete fué del número de aquellos solitarios con los cuales Casiano se gloria de haber conversado. Dice que moraba bastante lejos de los otros hermanos, sin indi-

<sup>1</sup> Casiano, Cotelier, Paladio.

car en que desierto había fijado su domicilio. Este podía ser en el desierto de Scete; mas no vemos que pudiese estar al lado del Porphirió; antes estaría al del Egipto que le aproximaba más al desierto de Diolque. Lo cierto es que este religioso debía de estar muy desprendido de las cosas del mundo y bien mortificado, y gustaría las cosas de Dios con especial unción, puesto que buscaba los lugares más remotos para mejor evitar la compañía de los hombres.

El había pedido á Dios por largo tiempo la gracia de no dormirse nunca en los coloquios espirituales, por más prolongados que fuesen, y de quedar dormido al momento en que empezara á decir alguna palabra de maledicencia, ó cualquier otro discurso inútil, lo que Dios le concedió.

Decía á Casiano y á Jermán que el demonio era el mayor enemigo de los coloquios espirituales, el que inducía los solitarios á los discursos vanos é inútiles. Un día hablando delante de los hermanos de cierto sujeto piadoso, les vió tan adormecidos que no podían vencer el sueño. Al momento cambió su razonamiento y les contó una fábula; y el placer que en esto encontraron los despertó y los volvió atentos. Entonces suspirando les dijo: «Hasta ahora hemos hablado de cosas santas, y habeis caído en un profundo sopor; y así que os he contado un fábula habeis quedado despiertos. Juzgad por eso quien es el que ha metido la envidia en estas santas conferencias, ó quien es el autor de esas necedades. Fácilmente podeis reconocer que no es otro que aquel que alegrándose del mal, no cesa en sus esfuerzos para impedir los santos coloquios y conservar los inútiles.»

Entre los buenos consejos que dió á Casiano y á Jermán, el principal que este autor ha relatado es el de no juzgar jamás á nadie. Su humildad le hizo confesar que había faltado á esta regla de caridad en tres ocasiones por un celo mal entendido y poco caritativo; pues

había querido juzgar y reprender á sus hermanos tres cosas. La primera, en aquellos que permitían que se les curase un mal de garganta que era común en aquellos lugares, y que les cortasen una glándula que les molestaba en extremo. La segunda, en aquellos que por la noche tenían una manta en sus celdas. Y la tercera, en aquellos que vendían aceite para darlo á las personas del mundo que iban á pedirselo. Mas asegura que Dios había permitido que enseguida cayera en los tres casos. «Pues, dice, padecí tanto de este mal de garganta, que por fin el dolor y el mandato de nuestros ancianos me obligaron á rendirme, y dejarme cortar esta glándula. Esta misma enfermedad me obligó á servirme de una manta, y por último un día me encontré de tal modo instado por las personas seglares para que les bandijera aceite, lo que yo miraba en los otros como efecto de un fondo de orgullo y presunción, que sólo pude escapar de sus manos rendiéndome á su violencia, y haciendo la señal de la cruz sobre un pequeño vaso que me obligaron á bendecir.»

Casiano hace hablar al abad Abraham en su última conferencia, pero no dice en que desierto lo había visto. Motivo hay para presumir que lo vió en el de Diolque, y que es el mismo de quien el Abad Nesteros contaba dos milagros. Le sobre llamaban Niño por su simplicidad é inocencia. Este gran solitario no se contentó en menospreciar todas las comodidades que hubiera podido gozar cerca de sus padres, como lo confesaba á Casiano y á su fiel compañero, sino que retirándose al desierto se apartó del Nilo, cuyas tierras le parecían demasiado agradables y fértiles, estableciendo su morada á más de una legua de este río, sea para mortificarse más yendo á sacar de este río el agua que necesitaba, sea porque el lugar que había escogido era completamente estéril, y nada ofrecía á los sentidos que les pudiera halagar en lo más mínimo.

Hé aquí los dos milagros que el abad Nesteros contaba de él á Casiano. « Este santo varón, decia, habiendo salido de su desierto para recoger la mies en Egipto en el tiempo de Pascua, encontró en su viaje una mujer que le mostró su hijo completamente debilitado y medio muerto, por no tener élla leche, conjurándole á asistirle en esta necesidad. No pudo resistir las súplicas de esta afligida madre dándole á beber un vaso de agua sobre el cual hizo la señal de la cruz. De repente esta mujer vió que sus tetas, antes completamente secas, se llenaban de una abundancia prodigiosa de leche.

« El mismo abad yendo á una aldea vecina se encontró rodeado por una multitud de burlones, quienes para divertirse le presentaron un hombre que tenia la rodilla encogida de tal modo que no podia andar, y sólo con mucho pena se arrastraba. Estos burlones en son de mofa dijeron : « Abad Abraham, mostradnos que sois servidor de Dios, y curad á ese hombre á fin de persuadirnos que el nombre de Jesucristo, á quien vos invocais, no es un nombre vano. » El santo abad oyéndolos hablar así, invocó el nombre de Jesucristo, y agachandose estiró el pié de este hombre, quien al instante sintió que su pierna, antes completamente seca y encogida, se aderezaba por su contacto ; marchándose colmado de alegría por haber recobrado el uso de andar que tanto tiempo hacia habia perdido »

Dijeron un dia al abad Abraham que un solitario que habia pasado cincuenta años sin comer pan y sin beber vino, á lo más muy razas veces, se vanagloriaba de haber vencido las tentaciones de la carne, avaricia y vanagloria. Abraham reconociendo una gran ilusión en la opinión que este monje tenia de si mismo, fué á su encuentro para curarle preguntándole si habia tenido semejante conversacion. Contestó al momento que si. « Si, le dijo Abraham, entrando en vuestra celda, encontrareis una mujer, podrias im-

pediros el pensar que es una mujer ? » — « No, contestó el solitario ; pero renunciaria á los malos pensamientos que este encuentro podria ocasionarme. » — « Pues no habeis todavía ahogado esta pasión. Si en vuestro camino encontrareis oro entre algunas piedras, no hariais diferencia entre lo uno y lo otro ? » — « Perdonadme, contestó el solitario, resistiria al pensamiento que me vendria de recoger ese oro. » — « Vos tendriais, pues, el pensamiento, replicó Abraham ; así pues la pasión, aunque atada, siempre está en vos. En fin, continuó, si os dijeran que un hermano os quiere y habla muy bien de vos, y que otro os aborrece y habla mal, recibiriais de tan buen corazón al uno como al otro ? » — « No, contestó el solitario, pero me haria violencia para tratar igualmente al que me odiase que al que me quisiera. » — « Confesad, pues, concluyó Abraham, que las pasiones no mueren en nosotros, y que los santos sólo las reprimen y las atan con su virtud. »

Un hermano se presentó á preguntarle si hacia mal, comiendo con frecuencia, al cual le contestó ; « ¡ Ay hermano mio, qué me preguntais ! ¡ Estais comiendo con tanta frecuencia ? Si eso es así, creéis que retirándoos al desierto habeis venido á un granero ? »

Relataba que en el desierto de Scete habia un anciano que se ocupaba en escribir, y que otro hermano fué á rogarle que le copiara un libro ; lo que hizo ; pero, como este escribano tuviera su espíritu muy concentrado en Dios, dejó imperfectos algunos versículos del libro, volviéndolo así á este hermano. Al querer servirse de él se apercibió de esta falta, fué á quejarsele ; pero el otro le contestó : « Id, practicad bien lo que está escrito, y cuando lo hayais hecho, volved, y os escribiré lo que falta. » Estando el abad Abraham de visita al padre llamado Arem, se les presentó un hermano quien rogó á Arem que le diera un consejo que le ayudase á santificarse. Este anciano le dió

el siguiente : « Este año no comais más que pan y sal, y no os desayuneis hasta la noche : despues volvereis, y os diré otra cosa. » Al año siguiente volvió este hermano encontrándose tambien allí el abad Abraham. El abad Arem le dijo : « En este año comeréis sólo una vez cada dos días. Con esta nueva orden se retiró ; y entonces el abad Abraham dijo á Arem : « ¿ Cómo es, Padre mio, que vos que sois tan manso con los otros hermanos, imponeis á éste un yugo tan penoso ? » — « Es, contestó Arem, que los otros vienen á recibir consejos por pura forma sin que los pongan en práctica. Este al contrario, de corazon quiere aprovecharse y sólo desea conocer la voluntad de Dios para seguirla : Hé aquí porque le dije sin rodeos lo que creo que Dios quiere de él. »

En la *Historia Lausiaca de Paladio* se hace mención de un Abraham<sup>1</sup> egipciaco, quien despues de haber llevado en el desierto un vida muy austera, se dejó dominar tanto por la vanidad, que yendo un día á la iglesia de los solitarios se atrevió á sostener á los sacerdotes que la noche anterior había recibido de Jesucristo el carácter sacerdotal, y que debían dejarle hacer las funciones. Los padres del desierto despues de haberse reunido para tratar de este asunto, lo redujeron á una vida común y seglar, y haciéndole con esta humillación curado de su orgullo y flaqueza, y haciéndole confesar que el demonio se había burlado de él por sus oraciones le restablecieron en la virtud que antes practicaba.

Nos falta hablar de la conferencia que Casiano atribuye al abad Abraham que creemos es el que llamaron el Niño,

<sup>1</sup> Parece extrano que *Gaxeohaya* dudado si este abad Abraham que Casiano hace hablar en su conferencia venticuatro, seria el mismo del cual Paladio relata esta nota de orgullo, ó mejor de flaqueza de espíritu. ¿ Hay la más minima apariencia que Casiano hubiese atribuido su conferencia á un solitario de esta especie, él que las otras sólo las ha atribuido á los más célebres Padres que habia visto ?

como ya hemos dicho. Esta conferencia versó sobre la contemplacion, y tuvo su origen en la tentación que Casiano y Germán tuvieron de dejar los estériles desiertos del Egipto y pasar á su pais, en donde habiendo retiros más agradables se prometian más facilidad para practicar los ejercicios de la vida solitaria, tanto por la comodidad de los lugares como por los socorros que recibirian de sus padres.

El abad Abraham, á quien comunicaron sus pensamientos, les hizo ver que esto constituia una verdadera tentación, y les habló de la mortificación de la cual un solitario debe hacer profesión durante toda su vida. Sobre eso les enseñó máximas muy importantes para los personas religiosas, que cuadran perfectamente á la santidad de su estado. Se pueden reducir á tres puntos : 1° á la total renuncia del mundo ; 2° al amor al retiro ; 3° á la guarda del corazón.

« Esta agitación de pensamientos, les dijo, y la impotencia que mostrais para resistirla, demuestra, hijos míos, que no habeis verdaderamente renunciado á los deseos del mundo, ni tampoco mortificado vuestras antiguas pasiones ; pues como esos deseos vagos y desarreglados indican muy bien cual es la tibieza de vuestro corazon, parece también que al emprender este viaje y separaros de vuestros padres para venir aquí, sufris esta ausencia más bien por un esfuerzo humano que no que hayais renunciado por un movimiento del espíritu de Dios. Mucho tiempo haría que esos pensamientos se hubieran ahogado dentro de vuestro corazón si hubieseis alguna vez entrado, como es necesario, en una verdadera renunciacion, y hubieseis comprendido la verdadera razón por la cual debemos buscar la soledad. También me parece que estáis enfermos de esta languidez de ociosidad de la que se dice en los Proverbios. *Todo ocioso está lleno de deseos ;* y en otra parte : *Los deseos matan al perezoso.* (Prov. 14).

« Para un religioso es poco el haber renunciado una vez